

# LOS NAHUATLISMOS EN EL ESPAÑOL DE MÉXICO DESDE LA ÓPTICA DE ÁNGEL MA. GARIBAY

PILAR MÁYNEZ

## 1. *Consideraciones sobre el sustrato náhuatl en el español*

Uno de los fenómenos lingüísticos que ha despertado acaloradas controversias es el relativo a la influencia sustratal del náhuatl en el español de México. Algunos estudiosos resaltan su participación, otros la minimizan y se muestran escépticos respecto a su injerencia en el castellano de nuestro país.

Darío Rubio, Dávila Garibi y López Portillo y Weber, por su parte, destacan la inserción del idioma mexicano en nuestro español, e incluso el último asegura que:

Estamos invadidos de náhuatl por todas partes. Son tan abundantes las palabras de origen náhuatl que casi no hay conversación familiar en que no se deslicen varios aztequismos las más veces, sin que el que los dice, ni el que los oye, pueda darse cuenta cabal de ello debido a la costumbre que tenemos de emplearlos a todas horas.<sup>1</sup>

De manera contraria se manifiestan Lapesa y Lope Blanch quienes afirman que su participación es restringida pues, apunta éste “aunque el náhuatl era una de las lenguas indígenas más importantes y una de las más ampliamente difundidas por la América Prehispánica, su influencia sobre la invasora lengua ha sido, al parecer, muy pequeña”.<sup>2</sup>

Ahora bien, la controversia entre indigenistas e hispanistas que, según Ricardo Maldonado tuvo sus orígenes en el siglo XIX cuando Altamirano y Pimentel polemizaron respecto a las características que debería

<sup>1</sup> Cf. José Ignacio Dávila Garibi, *Del náhuatl al español*, México, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, 1939, Publicación No. 40.

<sup>2</sup> Juan M. Lope Blanch, *Léxico indígena en el español de México*, México, El Colegio de México, Jornadas 63, 1979.

reunir la nueva literatura nacional,<sup>3</sup> no nos ha permitido visualizar este interesantísimo caso de interferencia lingüística con la debida imparcialidad, pues los hispanistas contravienen posturas extremas de autores cuyo fervor indigenista los hace sostener inverosímiles afirmaciones, como puede observarse en la primera hiperbólica parte de la cita de Portillo y Weber, y toman en cuenta obras de estudiosos indigenistas que no son las idóneas.

Así, por ejemplo, la investigación que llevó a cabo el Seminario de Dialectología del Colegio de México cuyo objetivo fundamental fue constatar el uso y la frecuencia de los nahuatlismos en el léxico del español hablado en la ciudad de nuestro país, tuvo como principal fuente lexicográfica el *Diccionario de aztequismos* de Cecilio Robelo, el cual además de contener numerosos errores etimológicos,<sup>4</sup> objeción que, sin embargo, se tendría que hacer a la mayor parte de las obras de esta clase, se enmarca exclusivamente a los aztequismos propios de la región de Morelos.

No obstante, quien se haya internado en la historia de la lengua náhuatl sabrá que existen trabajos más representativos, de gran embergadura como el *Vocabulario de mexicanismos* del erudito Joaquín García Icazbalceta que, aunque incompleto, es fuente de obligada consulta, los estudios de aztequismos de Pablo González Casanova y las numerosas reflexiones que al respecto dejó don Ángel Ma. Garibay en prólogos y apéndices de libros y en artículos periodísticos.

De ahí que este pequeño trabajo esté dedicado a uno de los más importantes estudiosos del náhuatl y de su influencia en el castellano hablado en nuestro país, a quien inexplicablemente no se le ha dado el lugar que le corresponde en los estudios relativos a este tema.

<sup>3</sup> Ignacio Manuel Altamirano sostenía que nuestra literatura debería diferenciarse radicalmente de la española; para ello habría que rescatar "los millares de vocablos de toda especie que han sustituido en el modo de hablar a sus equivalentes españoles haciéndolos olvidar para siempre". Por su parte Francisco Pimentel afirmaba que "El castellano es, de hecho, el idioma que domina la República Mexicana, es nuestro idioma oficial, nuestro idioma literario. Las lenguas indígenas de México se consideran como muertas y carecen de literatura". Ricardo Maldonado, "Entre indigenistas, hispanistas y sustratos", *Nueva Antropología*, México, nov. 1983, No. 22, vol. vi, p. 119-120.

<sup>4</sup> Así lo manifiestan Pablo González Casanova en "Aztequismos. Ensayo etimológico de los mexicanismos de origen azteca", *Estudios de Lingüística y filología nahuas*, Estudio introductorio Ascensión H. de León-Portilla, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1977, y Ángel Ma. Garibay en su artículo "Chilaquiles", caja 1, exp. 7, p. 1.

## 2. *El trabajo lingüístico y filológico de don Ángel Ma. Garibay*

Sabido es de muchos los amplios conocimientos del Padre Garibay en lo que se refiere al ámbito lingüístico. Su vasta cultura humanística lo llevó a estudiar idiomas de estructuras tan diversas como el hebreo y el latín, el castellano y el náhuatl, el griego y el otomí. Su formación teológica le reclamó por igual el manejo de elementos lingüísticos procedentes del tronco semítico y del indoeuropeo a fin de poder realizar, como lo hizo cuando fungió como Canónigo Lectoral de la Basílica de Guadalupe, la versión de los textos bíblicos a partir del hebreo, arameo y griego.

Su labor misional y su acendrado mexicanismo lo hicieron conocer idiomas de distintas protolenguas como la yutoazteca y la otomangué, las cuales estudió y practicó en sus estancias misionales por Xilotepec, San Martín de las Pirámides, Huizquilucan, Tenancingo y Otumba, en una labor comparable, como atinadamente advierte Miguel León-Portilla, con la realizada por aquellos frailes antropólogos del siglo xvi que tan ricos e importantes trabajos lingüísticos nos legaron.<sup>5</sup>

Su profundo conocimiento de los componentes y funcionamiento del castellano que se manifiestan en sus varias reflexiones periodísticas y su amplia cultura literaria lo llevaron a formar parte de la Academia Mexicana de la Lengua.

El Padre tuvo una formación gramatical clásica como él mismo lo advierte en su conocida *Llave del náhuatl*. Con base en la herencia grecolatina emprendió la descripción fonológica, morfológica y sintáctica del mexicano y con base en el pensamiento alejandrino consideró que el análisis gramatical era un medio para comprender e interpretar más ampliamente los textos. Así lo dice al inicio de la *Llave*:

La principal dificultad para el estudio de la lengua náhuatl, mexicana o azteca, es la falta de escritos en ella, que puede ser base de su conocimiento. Mientras abundan gramáticas y estudios parciales, faltan textos, o son muy costosos y raros en su edición. Quise ayudar a los estudiosos reuniendo aquí una buena colección, según yo creo, de fragmentos de la mejor época de la lengua.<sup>6</sup>

<sup>5</sup> Miguel León-Portilla, "Ángel Ma. Garibay K. (1892-1992), en el centenario de su nacimiento", *Estudios de Cultura Náhuatl*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Históricas, 1992, vol. 22, p. 170.

<sup>6</sup> Ángel Ma. Garibay, *Llave del náhuatl, Colección de trozos clásicos, con gramática y vocabulario para utilidad de los principiantes*, México, Editorial Porrúa, 4a ed. 1978, p. 15.

Su interés filológico se observa también en los glosarios y vocabularios que realizó como anexos a las ediciones de las *Historias* de Sahagún y Durán y de su multicitada *Historia de la literatura náhuatl* o de la *Teogonía e historia de los mexicanos*, entre otras.

Son éstos importantísimas herramientas para quienes deseen comprender a fondo aquellos conceptos propios de la cultura mexicana que, en su forma original o adecuada al sistema del castellano, se insertan como elementos designativos insustituibles de esos relatos. Pero también estas relaciones lexicográficas son parte de aquel objetivo principal que se trazó para contribuir a la conformación del diccionario integral del idioma mexicano.

Pero si la elaboración del diccionario y de la gramática respondió en un primer momento a un puro interés filológico, en una etapa posterior parece haber ampliado esta apreciación. Así, en la parte sumaria relativa a las "Etapas de la evolución de la lengua náhuatl" que introdujo en la última edición de su *Llave*, Garibay señala que "También es necesario un estudio más hondo de la lengua misma, a la luz de criterios lingüísticos más modernos".<sup>7</sup>

El Padre otorga aquí igual importancia a la filología y a la lingüística; integra la visión del filólogo que ve a la lengua como un medio para una interpretación cabal de los textos, con la del lingüista cuyo fin principal es el estudio de la lengua en sí y por sí misma, de sus unidades fónicas, de sus estructuras, de sus componentes oracionales".<sup>8</sup>

Profundos e importantes son sus conceptos respecto a la naturaleza de la lengua, al cambio lingüístico, a las reglas que rigen la composición y derivación del castellano, a la diversa procedencia de algunos vocablos y, sobre todo, a la influencia de las lenguas indígenas, especialmente del náhuatl, en el español de México.

Por eso, al acercarnos a un fenómeno tan controvertido como es el de la influencia sustratal, resulta imprescindible atender a las reflexiones de un estudioso que, debido a sus amplios conocimientos lingüísticos del castellano, del náhuatl y de muchas otras lenguas más pudo

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 313.

<sup>8</sup> Eugenio Coseriu advierte respecto a ambas disciplinas: "Por filología se entiende hoy comúnmente *la crítica de los textos*, y en un sentido más amplio la ciencia de *todas las informaciones que se deducen de los textos*, especialmente antiguos, sobre la vida, la cultura, las relaciones sociales y familiares, económicas, políticas y religiosas, etcétera, del ambiente en que los textos mismos se escribieron o a que se refieren.

Es decir que, mientras que el lingüista considera generalmente los textos sólo como *hechos lingüísticos*, como fenómenos del lenguaje al filólogo los textos le interesan como *documentos* de cultura e historia. *Introducción a la lingüística*, México, UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1983, p. 8.

identificar claramente la procedencia de numerosos elementos constitutivos del castellano de nuestro país.

### 3. *Concepto de cambio lingüístico*

Objetivo primordial de este trabajo es el de revisar algunas consideraciones del Padre Garibay relativas a la injerencia de los nahuatlismos en nuestro español, las cuales se pueden espigar en ciertos párrafos de su *Historia de la literatura náhuatl* —por ejemplo, cuando alude a la inserción de voces indígenas en algunos textos de Olmos—<sup>9</sup> y en los prólogos a las *Historias* de Sahagún y Durán. Pero fue sobre todo en sus artículos periodísticos que semana a semana aparecieron primero en el *Excelsior*, luego en el *Universal* y posteriormente en *Novedades* donde dejó importantes reflexiones sobre el tema. Aquí nos concretaremos exclusivamente a veinte de ellos que contienen importantes consideraciones lingüísticas y gramaticales.<sup>10</sup>

Con una concepción que recuerda la teoría naturalista del lenguaje desarrollada principalmente en el siglo pasado por August Schleicher, el Padre advierte que las lenguas nacen, crecen y mueren de manera similar al proceso que siguen los organismos vivos. Elementos pertenecientes a diversos niveles se encuentran en el sistema lingüístico en un insesante renacer y morir.

Así “el pueblo sigue, en uso de uno de los pocos derechos que nadie puede quitarle, elaborando nuevos modos, creando nuevas palabras, forjando nuevos giros. Ayer pudieron ser disparates; pasado mañana son perlas del joyero clásico”.<sup>11</sup>

Esta idea de cambio lingüístico es el marco teórico del que se van a derivar algunos planteamientos importantes que veremos en sus artículos como la incorporación de neologismos, la reaparición de arcaísmos en algunas modalidades de la lengua y la inserción de préstamos, especialmente léxicos, conceptos que, en ocasiones, fueron abordados con un criterio purista. En “Vieja novedad” dice el académico:

No eran aquellos tiempos, como los nuestros, en que la lengua es campo mostrenco —como tanto feos solares sin construir en esta ciudad— en que todo el mundo echa basura y hace lo no decible aquí. Fea han

<sup>9</sup> Cf. Ángel Ma. Garibay, *Historia de la literatura náhuatl*, México, Editorial Porrúa, 1971, t. II, p. 33.

<sup>10</sup> Estos artículos se extrajeron del Archivo Reservado de la Biblioteca Nacional.

<sup>11</sup> “Cuestión de palabras”, caja 2, exp. 27, p. 1.

hecho la lengua con galicismos, anglicismos, germanías, y para decirlo con sus nombres propios, con argot y slang. Y las academias, tan contentas en su sítral.<sup>12</sup>

No obstante, el Padre olvida esta postura prescriptiva cuando advierte en otros artículos que son las necesidades semióticas las que en un momento dado establecen la creación y el empleo de determinadas voces, reducto principalísimo de contenido cultural, y es el estrecho contacto con otros pueblos el que amplía y hace mudar ciertas expresiones.

Garibay concibió claramente la interrelación lengua/cultura cuando afirma que una palabra es un documento y que el estudio y registro de la expresión lingüística de un pueblo conforma el archivo de su historia. Pero estas apreciaciones deben enmarcarse en un concepto más amplio que no se circunscribe únicamente al nivel léxico de la lengua cuando en "Tradición olvidada" manifiesta: "La enseñanza del castellano es necesaria y cada día va en auge. Pero no es impedimento para que se conserve la lengua antigua. Ciñiendo la reflexión a otras esferas, para la vida del espíritu es indispensable que se aprendan esas lenguas".<sup>13</sup>

Y, en efecto, es que a través de las lenguas, el hombre aprehende su entorno, estructura su pensamiento. Mediante los diversos idiomas, como sostuvieron primero Herder, luego Humboldt y más tarde los antropólogos norteamericanos creadores del relativismo lingüístico, el hombre analiza y conceptualiza el mundo que le es propio.

Pero las lenguas sufren alteraciones semánticas y morfológicas y prestan unidades de diversa clase a otras cuando así lo requieren, como fue el caso del náhuatl con el castellano desde el primer contacto entre los del viejo y nuevo mundos.

#### 4. *Los nahuatlismos en el español de México*

En efecto, la lengua de los conquistados se introdujo en la invasora, la tiñó y le proporcionó numerosos elementos fundamentalmente léxicos que se tornaron insustituibles. Así se sabe que ya Nebrija introdujo en 1493 en su *Vocabulario* el antillanismo *canoas*<sup>14</sup> y que los cronistas de la primera etapa de la Colonia insertaron en sus relatos un número

<sup>12</sup> Caja 2, exp. 26, p. 2.

<sup>13</sup> "Tradición olvidada", caja 1, exp. 5, p. 3.

<sup>14</sup> Cf. José Moreno de Alba, *El español de América*, México, Fondo de Cultura Económica, 1988, p. 50, n. 40.

considerable de voces indígenas. Pero este fenómeno de interferencia lingüística debe explicarse en un contexto más general.

El Padre advirtió reiteradamente en sus artículos la necesidad de realizar una historia del castellano de México que abarcara desde las *Cartas* de Cortés hasta nuestros días.<sup>15</sup> En la elaboración de esta historia debería, según don Ángel, tomarse en cuenta tanto la lengua hablada como la escrita, las formas que el pueblo emplea en su vida cotidiana, como aquéllas que aparecen en obras literarias de marcada tendencia nacionalista entre las que figuran *Tierra que arde* de Guillermo Tardiff. De esta forma se tendría el recuento global de las diversas modalidades del castellano de México.

Ahora bien, el Padre advierte en su artículo "Tarea sin fin" que existen unidades morfológicas y léxicas que particularizan nuestro idioma. Él las llama mexicanismo y las divide en dos: Aquéllas que se crean por derivación a partir de elementos propios del castellano, por ejemplo el verbo *enchinchar* que inexplicablemente no aparece en el *Diccionario de la Real Academia* y que se deriva del sustantivo *chinche*<sup>16</sup> o el prefijo *re* empleado para dar énfasis a expresiones como *resuave*, *re a gusto* tan características de nuestro dialecto, y otras que proceden de las lenguas indígenas, principalmente del náhuatl que se insertaron, como ya se mencionó, desde el primer momento como formas insustituibles de denominación.

Don Ángel afirma que:

Los historiadores primeros de las cosas de México en la parte central se hallaron con muchos problemas de expresión. Por eso sus escritos son mina maravillosa de conocimiento de la historia de las palabras. Sahagún y Durán, para hablar de los máximos, al tratar de describir usos y modos de los indios de habla nahua, se toparon con muchos objetos que no sabían cómo decir en castellano. Era tan abundante y refinada aquella cultura que no hubo palabras en los occidentales para dar su conocimiento.<sup>17</sup>

Los artículos periodísticos de Garibay, que desde el principio atraen al lector por lo sugerente e ingenioso de sus títulos, se avocan, entre otras cosas, al esclarecimiento etimológico de ciertos nahuatlismos, esto es, de las voces procedentes del náhuatl que se adaptaron al sistema del castellano; tal es el caso de "Chilaquiles" donde rebate los ele-

<sup>15</sup> "Lengua en ensalada", caja 1, exp. 2, p. 1.

<sup>16</sup> "Tarea sin fin", caja 2, exp. 19, p. 3.

<sup>17</sup> "Cuestión de pelos", caja 1, exp. 5, p. 1.

mentos constitutivos propuestos por Robelo (*chilli, atl y quilil*) y establece que la traducción del vocablo es “metidos en chile”, pues sus componentes son *chilli* y *aquil*. También en “Divagaciones sobre el tapado” trata el origen náhuatl de *tapanco* y asegura que el término procede de esta lengua indígena “por más que la Academia siga en sus trece de decir que *tapanco* viene de “tapar” y dé la voz como de Filipinas”.<sup>18</sup>

En “Tres más” examina los componentes morfológicos de *chincolo* que ha dado origen a toda una familia léxica: *chincualear, chincualeo, chincualón, chincualudo*, y proporciona la traducción de *chinampina*, que a su juicio es, “fuego que se repliega”.

En “Lengua en ensalada” enumera algunos nahuatlismos que son comunes en el español de México: *chichicuilote, petatero, juilón*, y en “Otros bocados” ofrece la etimología de *itzcuintli* y una amena explicación de la gran acogida que tuvo este succulento manjar entre los conquistadores, quienes ocasionaron en gran medida la extinción de este animal tan significativo en la cosmovisión prehispánica. También advierte cómo el vocablo se emplea para referirse despectivamente a los pequeños.

En otros artículos expone las unidades constitutivas de *cuate* y *nixcomitl* y proporciona la correcta pluralización de algunas palabras como nahua. Así mismo en “Bello paradigma” y “Salpicón de lengua” reflexiona acerca de los términos *machote* y *pilote*. Del primero dice que nuestros antepasados indios en su sonora lengua le llamaban machiyotl, de donde vino a salir nuestro mexicanismo *machote* que usamos hasta antes de ayer. Del segundo señala que:

La voz “pilote” viene del náhuatl “pilotl”. La voz es claramente derivada de “piloa”, en su acepción de apoyar que tiene también la de colgar o suspender. Y el sentido del vocablo es sencillamente “estaca” en que algo se apoya, como apoyaron los constructores del viejo México sus casas al meterse a la laguna, esa movediza laguna en que estamos nadando.<sup>19</sup>

En ocasiones, el Padre analizó también vocablos pertenecientes a otras lenguas indígenas como *Necaxa*, que a su parecer, procede del otomí *Necatzé* cuyo significado en castellano es “Hilera de árboles de flores rojas” y no del náhuatl como el profesor Franco supuso.

<sup>18</sup> Caja 2, exp. 19, p. 3.

<sup>19</sup> Caja 1, exp. 3, p. 2.

Garibay, a diferencia de Lapesa y Lope Blanch, considera que son numerosos los nahuatlismos que se emplean en el español de México y que muchos de estos términos no han sido incorporados aún en el gran diccionario de la lengua española ni en aquéllos, incluso, que tratan específicamente los mexicanismos, como el de Joaquín Santamaría a quien, sin embargo, califica reiteradamente como “nuestro gran lexicógrafo”. En “Así, sí” asegura que ha recopilado alrededor de un millar de voces nahuas que no aparecen registradas en las citadas obras lexicográficas.<sup>20</sup> De ahí que continuamente insista en la necesidad de que los académicos consideren estos elementos de procedencia indígena, muchos de los cuales forman parte del vocabulario común de los mexicanos y revisen constantemente las distintas variantes del español.<sup>21</sup>

Don Ángel hace hincapié en la importancia de realizar el lexicón completo del castellano así como una exhaustiva historia del español de México, en la que el fenómeno sustratal ocuparía un lugar especial.

Así lo manifiesta en “Novedades académicas”:

En esta parte de los estudios lingüísticos hay gran deficiencia. ¿Conoce usted, por ejemplo, un libro, un artículo, un estudio, de los nahuatlismos de construcción? Todos, desde el bendito Robelo para acá, hablan de los términos que derivan su forma del náhuatl, pero no hay un atrevido —*conocedor a fondo de una y otra lengua*—\* que dedique sus ocios, o sus desvelos a una detenida exploración de los giros, expresiones, construcciones sintácticas en que va implícito un sustrato de la lengua mexicana. Trabajo tiene el que quiera hacerlo.<sup>22</sup>

Y, en efecto, este caso de interferencia lingüística que tan apasionadas y diversas opiniones ha despertado, debe analizarse y evaluarse con base en los resultados obtenidos en una amplia y representativa muestra, en la que se contemplen las distintas modalidades de nuestro español

<sup>20</sup> Caja 3, exp. 35, p. 2.

<sup>21</sup> Garibay advierte también que existen otros términos muy frecuentes en el habla de nuestro país que no aparecen en el *Diccionario de la Real Academia*. En “Tarea sin fin” comenta: Pocas casas hay en que, no sin esfuerzos, se adquiere ese implemento de los hogares en que tenemos guardada una cerveza para los días de bochorno para que esté halagadora. O las amas de casa —cada día más escasas— almacenan sus legumbres y sus latas, para que sometidas a baja temperatura no se echen a perder. A esos aparatos nosotros en México los llamamos “Refrigeradores”. De ruego y encargo ha admitido la de Madrid el término, definiendo que se dice de “los aparatos e instalaciones para refrigerar”. Y eso lo dice en su edición última. No lo decía antes. Lo que ella admitía era “frigorífico”, en su segunda acepción... caja 2, exp. 19, p. 4.

\* El subrayado es mío.

<sup>22</sup> Caja 1, exp. 6, p. 2—.

tanto diacrónica como sincrónicamente, a fin de que podamos apreciar en toda su magnitud y diversidad la influencia de este idioma que durante mucho tiempo fue la *lingua franca* de un extenso territorio americano.